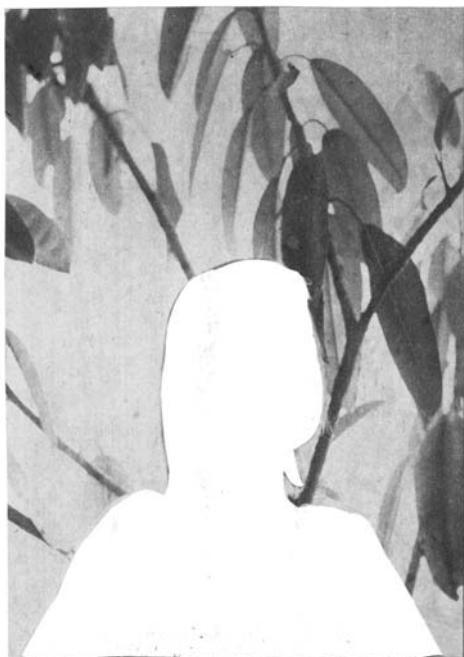


PUNTES QUE AMANECEN MIENTRAS DORMIMOS

Todo será como antes.

DOMINIQUE A.



SU TIEMPO

Lo que amamos, lo que nos gusta, los libros, los discos. Lo único que importa, que nos salva, que nos demuestra la posibilidad de una felicidad.

Como John Cusack en *Alta Fidelidad*, yo andaba retorciéndome de celos. Se dice amor, perdón.

La noche de San Juan de 2005 hice tres cosas importantes: empecé un relato que titulé *San Juan*, conseguí escapar de una fiesta en mi edificio y suicidé una parte de mí tirándola al río Guadalquivir.

Llegué en bici hasta el puente de El Cachorro. Me situé en el punto medio, con ganas de gritar y tirar algo. Y lo hice. Tiré el teléfono móvil, con todos sus bonitos mensajes y un montón de fotos, irrecuperables desde el mismo momento en que el objeto cayó limpiamente sobre el agua verde, levantando una salpicadura diminuta y perfecta como la soñada por el mejor saltador de trampolín.

Cuando empezaba a arrepentirme del acto irreversible, fantaseaba con imágenes marcha atrás que corrigieran la caída y juzgaba desesperante la sumisión y el mutismo de los objetos, vi una silueta acercándose.

Un hombre con un perro salchicha. Por el puente de El Cachorro.

Pasa muy cerca pero pasa de largo. Al volver ambos la cabeza nos reconocemos. Es el amante de mi mejor amiga. Mi mejor amiga tiene un novio estupendo, pero desde hace un tiempo mantiene una historia seria con este sujeto, ¡dueño de un perro salchicha!

Se llama D., y el día que mi amiga me lo presentó me cayó fatal.

Lógicamente, yo ya andaba moralmente mal dispuesta al tema de la infidelidad.

D., el hombre del perro salchicha, es un tipo alto, va vestido de negro, parece uniformado. No es especialmente guapo.

Me pide prestado mi móvil después de los saludos. Increíble. Dice que el suyo se ha quedado sin batería. Le pregunto si va a llamar a mi amiga. Dice que no, que esa noche ella cena con su novio en plan cenita romántica.

—No sé cómo lo aguantas.

—¿Me puedes dejar tu móvil o no?

En vez de soltar una excusa creíble, le empiezo a contar toda la secuencia que acabo de protagonizar. Con pelos y señales, desde el comienzo del relato. Me da confianza, la conversación fluye, él se muestra interesado y hace preguntas pertinentes. Me desahogo.

Caminamos en dirección a Triana en busca de un teléfono público. Pasamos un buen rato callejeando por el barrio con la excusa de pasear al perro. No paramos de hablar. Nos atropellamos y nos reímos. Parece un tipo mucho más majó que el día que lo conocí. Y empieza a resultarme bastante atractivo.

Tomamos una cerveza en un bar abierto de la calle San Jacinto. Bueno, tomamos la primera. Él me habla de un grupo que está montando. Yo le escucho con atención. Como en el bar la música está bastante alta, nos hablamos todo el rato al oído. Nos van dando las tantas. Nos echan del bar.

Vamos hacia el puente de Triana. Compramos churros y chocolate en el kiosko. Si ya está abierto es que debe ser muy tarde. Acaban de adelantar la hora y estamos un poco perdidos con el indicio luz relacionado con el tiempo. Nos sentamos en los bajos

del río. En un banco, contemplando el puente mientras comemos churros. Admiramos el puente.

—A mí me encanta esta ciudad, no me importa lo que los demás opinen.

—Sí, tiene algo.

Una luna rosa va desapareciendo mientras hablamos de cosas variadas, de un último concierto, películas. A veces nos pisamos al hablar y a veces hay silencios.

De pronto, este momento se me muestra como la resolución del pasado en pos del futuro.

Se acaban los churros. Ahora sí que está clareando. Debemos volver cada uno a su casa, D. dice algo sobre entrar pronto a trabajar.

Vuelvo andando por Alfonso XII, giro en la Plaza del Duque y por la calle Adriano llego a La Alameda. Cruzo por medio del albero y descubro los restos de las hogueras. Había olvidado por un momento la secuencia de la noche, el incidente desencadenante, la fiesta de mi casa y las hogueras. Yo había quemado mi móvil utilizando el agua.

Me meto en el bar Las Columnas, pido un café y marco el número del fijo de mi amiga en el teléfono público del bar. La despierto. Son las siete y cuarto.

Le digo que me he encontrado con D. Que ya no me cae tan mal.

—¿En serio?

Habla en susurros para que su novio no la escuche. Se pone a hablar de golpe sobre el examen de conducir que vamos a hacer juntas en breve. Su novio ha vuelto a la habitación.

—Sabía que te caería bien cuando lo conocieras mejor.

Vía libre otra vez. Le pregunto si sigue sintiendo lo mismo por él. Si sigue planteándose la posibilidad de romper su relación por causa de D. Me dice que sí. Retiro el auricular para hacer muecas demostrativas de fastidio. Cuelgo al poco y enfilo para casa.

Estas calles vacías del centro me asustan más que la Gran Vía de madrugada. Una ciudad totalmente dormida es sospechosa. Un casco antiguo amurallado restringe la capacidad de acción. Acota la fiesta. Intensifica los encuentros. Como el pop a la burguesía, la ciudad pequeña es ideal para ser pobre. Y para ser visible. Es fácil, es cómoda, es tranquila, regala el tiempo y el espacio generosamente.

Todo esto lo pienso para tratar de olvidarme de D. Bueno, más bien del hecho de que mi amiga lo ama. Ese escollo resulta insalvable, por mucho que D. y yo acabemos de recibir el Nobel de Química (*ex aequo*) contemplando el puente de Triana.

Recuerdo la luna rosa y empiezo mentalmente un listado de puentes que me gustan para no pensar en D. antes de dormir.

Puente de los Franceses, Moncloa, Madrid.

Puente de Brooklyn, Brooklyn, Nueva York.

Puente Romano, Mérida, Badajoz.

Puente Colgante, Portugalete, Bilbao.

Me recuerdo a mí misma de pequeña cruzando la cubierta del acueducto de Segovia. Nunca sé si este recuerdo es real o inventado. De todos modos: acueducto de Segovia, Segovia.

Pont-Neuf, Toulouse, Francia.

Pero la imagen del puente de Triana viene peleando por detrás y se impone. Se repite y se hace fuerte. Se repite. Se repite.

También recuerdo de golpe que, ¡mierda!, me he dejado la

bici atada en la estación de autobuses, justo al lado del puente.
Francamente, me da igual.

El puente.

De acuerdo: puente de Triana, Triana, Sevilla.

Vaya.

En un descuido, me han robado el corazón. Última imagen del puente y fundido a negro.